

VERONICA

La leyenda...
Cobra vida

JOHN WOLF

HIDDEN
HISTORY

VERONICA

La leyenda...
Cobra vida

JOH WOLF

HIDDEN
HISTORY

VERONICA

La leyenda...
Cobra vida

JOH WOLF

HIDDEN
HISTORY



Veronica

John Wolf

Título original: Verónica .

Editor original: Hidden History

Autor original: John Wolf

WEBSITE OFICIAL: autorjohnwolf.blogspot.com/

ILUSTRADOR: franperez3d.com

1ª edición

Año 2.017

I

El atardecer está cayendo sobre los montes cercanos, y sus anaranjados rayos de luz se cuelan entre la espesa vegetación de encinas y pinares.

Por la escarpada ladera se ve el ascenso decidido de una persona atlética, vestida con pantalón y camisa negra, que oculta su rostro tras un pasamontaña.

En su hombro derecho carga a una niña de apenas trece años, vestida con un vestido blanco. La niña golpea la espalda del desconocido intentando zafarse de su

captura, mientras lanza gritos de auxilio que no llegan a ninguna parte. La ciudad más próxima está a casi cinco kilómetros de distancia y no se atisban viviendas en la cercanía.

—¡Socorro, ayuda! — Gritaba la niña con histeria.

Cansado de sufrir los embates de la niña, el encapuchado la deja caer al suelo y, sin el más mínimo remordimiento, la golpea varias veces en la cabeza con su puño haciendo que ésta quede inconsciente en escasos segundos.

La observa unos instantes y prosigue su marcha cargándola de nuevo a sus espaldas. El pelo negro, largo y sucio de la niña cuelga sobre el rostro de ella en el ascenso.

Tras unos minutos de andanza, llega a una cueva en la piedra y se introduce en ella. Observa el lugar y se decide por un escondido recoveco que hay a su izquierda, alejado de la mirada de cualquiera que pudiera entrar a la gruta en ese momento.

La deposita en el suelo, tumbada sobre la fría piedra, y la observa. La niña empieza a recobrar el sentido y el desconocido le tapa la boca con la mano izquierda para impedir que ésta grite.

La niña se revuelve como puede, intentando zafarse de su agresor, pero no puede.

El desconocido busca a su alrededor por el suelo algo que le ayude a terminar tan angustiada situación. De pronto, ve unas tijeras, viejas y oxidadas en el suelo.

Sin pensarlo dos veces, las agarra y directamente se las clava a la niña en el vientre. La niña, debido al dolor, se lleva las manos a la zona apuñalada abriendo los ojos casi a punto de salir de las órbitas.

En ese instante, el desconocido aprovecha y clava de nuevo las tijeras, pero esta vez en los ojos de la niña, introduciendo cada hoja en cada uno de los globos oculares.

La niña empieza a retorcerse, pero no emite chillido alguno, solo algún gemido sin sentido. El encapuchado se retira y observa a la niña en el suelo, con las tijeras aún clavadas, y disminuyendo

sus movimientos poco a poco.

En unos instantes, la niña fallece. El desconocido aglutina algunas rocas alrededor de la niña, y se marcha del lugar.

En ese momento, una lechuza blanca se posa sobre las rocas que entierran a la menor.

II

DOS AÑOS DESPUÉS

Carlos camina por el cementerio arropado por la lúgubre oscuridad que impregna la noche en el lugar, y que en ocasiones hace que la imaginación vuele. Su trabajo de guardia nocturno lo lleva desempeñando desde que su padre se jubiló y el accedió al puesto vacante.

No era éste su trabajo soñado, y menos para un joven de apenas treinta años, pero al menos le permitía pagar sus facturas.

Acompañado de su inseparable linterna, caminaba entre las lápidas cumpliendo con su ronda, cuando se pronto algo llamó su atención en una de las zonas ajardinadas

del camposanto.

A una distancia de unos diez metros, tres jóvenes, de entre quince y dieciocho años, se encontraban sentados, casi formando un triángulo, iluminados por unas velas.

—¡Eh, ¿qué hacéis ahí?! — Les gritó.

Los jóvenes salieron a la huida, y Carlos corrió tras ellos tan rápido como le permitían sus piernas. Uno de los chicos saltó el muro con la agilidad de un gato, mientras Carlos casi alcanzaba a uno de sus compañeros. Pero en ese momento tropezó con algo y el guardia cayó al suelo con fuerza, mientras los dos perseguidos huían del cementerio.

Carlos se dolía de la rodilla tumbado en el suelo, y con algunas magulladuras en las manos y brazos.

—Joder— se quejaba mientras veía como se habían escapado.

Lentamente se puso en pie y recogió su linterna del suelo. Se acercó hasta el lugar donde instantes

antes había visto a los chicos y observó una tabla de madera con grabados de letras y símbolos. Era una tabla ouija.

—La madre que los parió— dijo enfadado con la tabla en la mano—. Lo que no me pase a mí.

Carlos apagó las velas y, llevándose la tabla, se dirigió hasta la zona de descanso de guardia. Agarró su teléfono móvil e hizo una llamada mientras observaba de nuevo la tabla. La llamada fue respondida y se escuchaba una fuerte música por el auricular.

—¿Seba? — Preguntó Carlos.

—¿Cómo está el señor de los muertos? — Preguntó irónico al otro lado.

—Déjate de bromas— le repuso muy serio—. ¿Puedes venir al cementerio, por favor?

—Si bebo dos copas más... Me tienes allí sin falta — le contestó irónico, mostrando su estado de

embriaguez.

—Joder, Seba, escúchame— le recrimina molesto —. He tenido un problema con unos críos y me he hecho daño en la rodilla, necesito ir a un médico y no tengo aquí el coche.

—Pero, ¿estas bien? — Le pregunta, ahora sí, preocupado.

—Sí, recógeme en la entrada, por favor.

—Claro, dame media hora.

Carlos corta la llamada y mira de nuevo la tabla. Los grabados que presenta le tienen asombrado.

III

A la mañana siguiente, Seba se encontraba con Luis, otro de los miembros del grupo de amigos, fumando un cigarro y conversando tranquilamente.

—Y me llama a las dos de la mañana— contaba divertido Seba a Luis, que reía con la forma de expresarse de su amigo—. Y me dice que le lleve al hospital...

—Y fin de fiesta, ¿no? — Le preguntó Luis.

—Sí, amigo— contestó dando una calada al cigarro—. Ayer por fin tenía a Judith en el bote, y Carlos tan oportuno como siempre.

Luis le da una calada al cigarro de Seba.

—¿Y qué se hizo como para ir al hospital? — Preguntó intrigado Luis.

—Nada, un golpe en la rodilla y unos rasguños—
le contestó.

—¿Y para eso te hace ir?

—Estaría asustado y no sabría cómo reconocerlo.

Luis y Seba ríen, mientras Carlos llega por detrás de Seba y le da un ligero golpe en la nuca para llamar su atención.

—Habla bien, que es bueno para conservar los
dientes— le dijo Carlos a Seba con ironía.

—Vete a la mierda— le contestó riendo.

—¡Anda! El aguafiestas— dijo Luis sonriendo.

—¡Anda! El calzonazos de Dafne— le devolvió la
ironía Carlos.

Los tres ríen animadamente. Carlos se enciende un
cigarro y toma asiento junto a ellos.

—¿Cómo va esa rodilla? — Le preguntó Luis.

—Bien, apenas duele ya— contestó—. ¿Qué hacéis?

—Aquí comentando el polvo que no eché anoche, por culpa de alguien—

respondió Seba.

Carlos le da unos golpecitos en la pierna y le mira riendo.

—No te preocupes, Sebita, que yo te llevo esta noche al club y te pago una chica para ti solito— le dice riendo.

—Créetelo, es al único al que le fian— repuso divertido Luis.

Las risas aumentan. Se denota una gran amistad entre los tres.

—¿Trabajas hoy? — Le preguntó Seba.

—Sí y no— respondió Carlos.

—¿Qué significa eso? — Preguntó intrigado Luis.

—Es sábado, entraré más tarde, sobre las dos.

—¡Así da gusto trabajar! — Dijo Seba.

—No creo que nadie se queje de que he llegado tarde.

Aumentan las risas más aún.

—Entonces, ¿podemos tomar una copa antes de irte al trabajo? — Le preguntó Seba.

—Yo había pensado en otra cosa— respondió Carlos.

—¿Qué cosa? — Preguntó Luis.

—Tengo en el coche la ouija de los críos de anoche.

—Ahora verás la brillante idea— dijo sonriendo Luis.

—¿Por qué no hacemos una ouija esta noche? — Preguntó Carlos.

Luis empieza a tocarle la cabeza, muy serio.

—¿Qué haces? — Preguntó intrigado Carlos.

—¿Seguro que no te golpeaste ayer la cabeza? — Le preguntó con ironía Luis.

Carlos le quita la mano y se pone en pie mirándoles.

—En serio, ¿nunca os ha dado curiosidad?

—No— contestó Luis.

—Carlos, eso son cosas de críos— le repuso Seba.

—Serán cosas de críos, pero no tenéis valor a

hacerla— contestó Carlos.

Seba se pone en pie y se acerca a Carlos.

—¿Crees que me da miedo un pedazo de madera y un vasito?

—Pues claro— le contestó Carlos riendo.

Seba le estrecha la mano.

—Cuenta conmigo para tu experiencia.

—¡Ya están los dos gallitos de corral! — Dijo Luis.

—¿Y tú qué? ¿Te apuntas, o tienes sesión de besitos con Dafne? — Le preguntó Carlos con ironía.

—Tenemos cine— contestó Luis.

Carlos y Seba ríen abiertamente mientras Luis se queda algo pensativo.

—Venga— dijo Luis poniéndose en pie—.

¿Queréis hacer una ouija? Pues vamos.

—Pero ahora no— dijo Carlos—. Esta noche.

—Yo he quedado con Dafne a la noche, y ella no querrá hacer eso.

—Salió Dafne— repuso Seba.

Carlos le da unas palmaditas en la cara a Luis.

—Tú la convences, campeón— Luis sonríe—. Me voy a buscar ambientación, nos vemos a la noche.

—¿Ambientación? — Preguntó intrigado Seba.

—No sé quién está más loco— dijo Luis observando como Carlos se marchaba

—. Si él por sus ideas, o nosotros por aceptarlas.

—Vamos, te invito a una cerveza— le dijo Seba a Luis.

—Genial.

Los dos amigos se encaminan a la salida del parque en dirección a una terraza cercana.

Mientras tanto, Carlos estaba preparando todo lo que él creía que podría necesitar a la noche.

IV

Sentadas en una terraza de la casa de Yolanda, Dafne y ella toman un café relajadas mientras conversan.

—¿Y cuándo se lo vas a decir? — Le preguntó Yolanda entristecida.

—No lo sé— respondió la cubana—. Quizás esta noche.

—Seguro que lo entiende, Luis es muy bueno.

—Él siempre me dice que le encantaría ser padre, Yoli.

Dafne se emociona.

—Pues no abortes— le indicó Yolanda.

— No puedo ser madre ahora, Yoli, empiezo con

la compañía de teatro en dos meses, y la gira se alarga un año. He luchado mucho para conseguirlo.

Yolanda asiente con la cabeza, mientras Dafne se seca las lágrimas con una

servilleta de papel.

En ese instante el teléfono de Dafne empieza a sonar y ve en la pantalla que se trata de Luis.

—Dime, amor— responde la chica.

—¿Qué hace la mujer más bella de Cuba y de España? — Le preguntó animado.

—Tomar un café con Yolanda, ¿y tú?

—Tomar una cerveza con Seba en la terraza del parque.

—Bien, ¿a qué hora me recogerás? — Le preguntó su pareja.

—¿A las seis?

—Está bien— responde con seriedad.

—¿Te pasa algo? — Le pregunta preocupado.

—No, tranquilo, te cuento luego, ¿vale?

—OK. Te quiero.

—Y yo a ti.

Dafne cuelga la llamada y mira a los ojos a su amiga.

—Tranquila, todo saldrá bien— le indica Yolanda.

—Acompáñame esta tarde, por favor— le suplica Dafne.

—Eso es algo entre vosotros, ¿no crees?

Dafne rompe a llorar. Yolanda la abraza.

—Está bien— le dice Yolanda—, tranquila, haré lo que pueda.

—Gracias.

Dafne sigue llorando mientras Yolanda intenta tranquilizarla.

V

La noche ha caído y Carlos se encuentra colocando y encendiendo pequeñas velas en toda la antigua casa de su abuela. Ella falleció años atrás, y la familia tenía llaves de la misma. Nadie, excepto él y su grupo de amigos, sabían lo que esa noche acontecería en la vivienda.

Llamaron a la puerta de la casa y Carlos se apresuró a abrir.

—Anda, si tenemos dos invitadas— dijo sorprendido Carlos al ver a Dafne y Yolanda junto a Luis y Seba.

—¿Qué hace todo a oscuras? — Preguntó intrigado Seba desde la puerta.

—Ambientando— respondió Carlos—. Pasad.

El grupo entró a la vivienda y observaban todo lo que su amigo había dispuesto en la casa. En el centro del salón había una pequeña mesa de madera, iluminada con velas, y en el centro de la misma se hallaba la tabla ouija que Carlos recogió del cementerio la noche anterior.

—No me siento cómoda— le indicó Dafne a Luis.

—Tranquila— le repuso su pareja— estaremos un rato y nos vamos, ¿vale?

Dafne asiente con la cabeza, y Yolanda se acerca a ella y la aparta un poco de Luis.

—¿Cuándo se lo vas a contar? — Le preguntó—. Yo no te acompañé para esto.

—Se lo diré después, te lo juro.

—No soy tonta, estás aceptando participar en esta tontería para ganar tiempo.

—No me presiones, por favor— aguantó la

emoción.

Carlos observa como las chicas están más alejadas de la mesa que el resto.

—¡Acercaos, vamos a empezar! — Les dijo animado.

Lentamente, las chicas se acercaron a la mesa y tomaron asiento junto a sus amigos.

—¿Todo esto era necesario? — Preguntó Yolanda.

—No— respondió Carlos—. Pero da ambiente.

—Lo que tú digas— dijo Dafne a desgana.

Carlos termina de encender otras velas, mientras sus amigos esperan. Luis se acerca a Dafne y le dice algo en el oído.

—¿Qué te pasa? Llevas toda la tarde con mal humor.

—No es nada, estoy cansada— Le tranquilizó—. Acabemos con esto y hablamos después solos.

—No tardaremos mucho— le indicó Luis—, esto es una tontería, pero ya conoces a Carlos. Si no la hacemos estará todos los días con lo mismo.

—No, por favor, eso no.

Luis le sonrío. Carlos acaba de encender todas las velas y mira a sus amigos.

—Bueno, ¿y cómo empieza esto? — Preguntó Luis.

—Tenemos que darnos las manos— les indicó Carlos—, concentrarnos, y yo diré unas palabras.

Todos se dan la mano y guardan silencio.

—Pues que empiece el espectáculo— dijo sonriente Carlos.

Todos se concentran cerrando los ojos y colocando su dedo índice en el vaso de cristal.

— Espíritus del más allá...— Empezó a decir Carlos—. Estamos aquí reunidos para invocaros... Para que abráis las puertas de vuestro mundo... Y os unáis al nuestro...

Una sombra empieza a formarse en la escalera que da acceso a la segunda planta, pero nadie se percata.

— Esperamos que acudáis a nuestra llamada...

Espíritu... ¿Estás ahí?... — Finalizó Carlos.

En ese momento, una lechuza blanca cruza todo el salón y se posa sobre la chimenea del salón y, automáticamente y con gran velocidad, el vaso se desplaza hasta colocarse sobre la palabra “SÍ”.

El grupo se asusta por los dos acontecimientos y se miran extrañados.

—¡Pero Carlos, ¿de dónde sacaste una lechuza?!

— Gritó sorprendido Seba.

—Te juro que no la traje yo— dijo sin dejar de mirarla—. Ha debido entrar por alguna de las ventanas.

Carlos se pone en pie y se acerca al ave.

—¿Y ese movimiento del vaso lo llevas ensayando toda la tarde? — Le preguntó irónico Luis.

Carlos se gira y los mira muy serios.

—Yo no lo moví.

—¿Cómo que no? — Preguntó Yolanda asustada.

—Os juro que no— volvió a decir Carlos.

En ese momento la lechuza se marcha de salón y sale por una de las ventanas de la casa.

—Ya sabemos por donde entró— dijo relajándose Carlos, tomando asiento de nuevo.

—Quiero irme de aquí— dijo Dafne.

—Tranquila, ¿no ves que todo es una broma de Carlos? — Le dijo Luis.

—¡Que yo no hice nada de eso, joder! — Se molestó.

—A ver, tranquilos— dijo Seba—, vamos a probar de nuevo y a ver qué pasa.

Todos guardan silencio y Carlos coloca de nuevo el vaso en el centro de la tabla.

Lentamente todos vuelven a poner sus dedos en el vaso.

—¿Sigues ahí? — Preguntó Carlos.

Con la misma rapidez que la otra vez, el vaso se dirige de nuevo al “SÍ”, se detiene unos segundos, y vuelve al centro.

—Estoy al lado de Carlos— expuso Seba—, y os puedo jurar que él no lo ha movido— dijo extrañado.

—Vámonos, por favor— dijo Yolanda.

—¿Cómo te llamas? — Preguntó Carlos rápidamente.

Con una velocidad increíble, el vaso va posicionándose sobre diferentes letras hasta formar la palabra “VERONICA”.

Todos se miran extrañados.

—¿Conocéis alguna Verónica? — Preguntó Carlos al grupo.

Todos negaron con la cabeza.

—¿Luis? — Preguntó Carlos.

Nadie se percató de que, durante unos instantes, entre Luis y Dafne, se presentó la figura de una niña vestida con un vestido blanco largo muy sucio, y con las cuencas oculares vacías.

—No conozco a ninguna— respondió Luis.

—Pregúntale algo más— le sugirió Seba.

—¿Qué edad tienes? — Preguntó Carlos.

El vaso describió el número “13”.

—Trece años— Dijo Carlos.

—Es una niña— repuso asustada Dafne.

—¿Cómo has muerto? — Preguntó de una vez Carlos.

—¡Carlos! — Gritó en desaprobación Yolanda, mientras el vaso ya se movía.

En pocos segundos deletreó “ASESINADA”.

—¡Lo siento, yo me voy de aquí! — Gritó histérica Dafne poniéndose en pie.

Luis se acercó a ella e intentó tranquilizarla.

—Mi amor, cálmate— le pidió.

—¿Qué me calme? — Le preguntó asustada—.
¡Esto es una jilipollez! — Le gritó.

De pronto, una radio muy antigua empezó a sonar a todo volumen dando un gran susto a todo el grupo. Carlos se puso en pie y se acercó a ella y la levantó. El cable estaba desenchufado, y no poseía batería alguna. No había razón para que sonara.

Todos se miraron extrañados. Carlos intentaba apagarla de alguna forma, pero no la hallaba.

Nervioso, la lanzó al suelo y la pisó con fuerza hasta destrozarla y haciéndola callar.

—Os dije que no era ninguna broma— indicó Carlos.

—Quiero irme— Dijo con más vehemencia Dafne.

—Para poder irnos debemos despedirnos— indicó Carlos.

—¡Y una mierda! — Gritó Yolanda.

—¡Pon el dedo Dafne! — Le gritó Carlos.

—No le grites— le repuso Luis muy serio.

Luis acercó su rostro al de Dafne y le miró a los ojos fijamente.

—Vamos a acabar, ¿vale?

Medio llorosa, Dafne asintió con la cabeza y aceptó el beso de su pareja.

Lentamente tomaron asiento de nuevo.

—Vamos a acabar— ordenó Luis.

Todos colocaron de nuevo los dedos en el vaso y miraron fijamente a la tabla.

—¿Podemos irnos? — Preguntó Carlos.

Pero el vaso se dirigió rápidamente hacia el “NO”.

—¿Qué quieres? — Preguntó Seba.

El vaso deletreó la palabra “VENGANZA”. Todos se miraron sorprendidos y Dafne se puso de nuevo en pie.

—No puedo seguir, lo siento no puedo— repetía muy nerviosa mientras todos permanecían sentados.

De pronto, el vaso comenzó a moverse a toda velocidad por la tabla deletreando la misma palabra “DEDO”, ante el asombro de todos.

—¡Dafne, pon el dedo! — Le gritó Carlos.

—¡No, noooooooooo! — Gritaba desesperada.

El vaso seguía deletreando una y otra vez lo mismo, mientras Dafne se negaba cada vez más.

De repente, todas las velas de la habitación se apagaron a la vez y quedaron a oscuras mientras se escuchaban los gritos de Yolanda. No así los de

Dafne.

—¡Un mechero! — Gritaba Carlos.

Peor de pronto, al igual que solas se apagaron, de nuevo todas las velas se encendieron solas, pero Dafne ya no estaba con ellos.

—¿Dafne? — Preguntaba asustado Luis mientras Yolanda lloraba sentada.

Los chicos comenzaron a buscar a Dafne por todas partes.

—¡Dafne! — Gritaba Carlos.

Miraron en todas las habitaciones, en la calle, la segunda planta... Pero Dafne no estaba por ninguna parte. La desesperación iba en aumento.

De pronto, sin percatarse de ello, el vaso se movió lentamente, solo, hasta colocarse sobre la palabra “ADIOS”.

VI

Había pasado casi media hora desde que Dafne desapareció y no la encontraban por ninguna parte. Yolanda lloraba sentada en uno de los sofás de la vivienda, y la luz de las velas había dado paso a las bombillas.

Todos estaban nerviosos.

—Tenemos que llamar a la policía— dijo con un hilo de voz Yolanda.

—¿Y qué les vamos a decir? — Le preguntó Carlos muy serio—. ¿Qué hemos

hecho una ouija y Dafne ha desaparecido? — Le repuso irónico—. ¿Te das cuenta de lo que pensarán?

Todos guardaron silencio mientras Yolanda se

emocionaba más.

—No digamos más tonterías— sentenció Carlos.

Enfadado, Luis se aproximó hasta él y se encaró.

—¿Tonterías? — Le preguntó muy serio mirándole a los ojos—. ¡Tontería fue hacerte caso con esta mierda!

—¡Nadie os obligó! — Le gritó Carlos encarándose más.

Seba se puso en medio de los dos con firmeza.

—¡¿Queréis parar?! — Les gritó.

Poco a poco, los dos van calmando la rabia.

—Me largo de aquí— dijo Seba furioso.

—¿Dónde vas? — Le preguntó Yolanda.

—A emborracharme y pensar que esto no ha

pasado— repuso mientras se iba de la casa tras un portazo.

Yolanda se puso en pie y se acercó a Luis.

—Luis, hay que encontrar a Dafne como sea— le suplicó su amiga.

—Es lo que...

—Dafne está embarazada— le repuso sin dejarle acabar.

Luis se sorprendió por la afirmación de Yolanda.

—Joder— dijo Carlos.

Tras unos segundos pensativo en silencio, Luis se marchó de la casa a toda prisa dejando solos a Yolanda y a Carlos.

El chico se acercó a la joven.

—Aquí no hacemos nada, Dafne no está aquí—.

Dijo Carlos mientras Yolanda asentía con la cabeza—. ¿Tienes cómo ir a casa?

—No— respondió con un hilo de voz.

—Venga, yo te llevo de camino al trabajo.

Carlos la abrazó y apagó la luz del salón.

VII

El coche de Carlos se detiene frente a la casa de Yolanda. La chica sigue emocionada, preocupada y nerviosa por todo lo sucedido, y Carlos intenta aparentar una falsa calma.

—¿Tu hermana está en casa? — Le preguntó Carlos.

—Sí, tenía exámenes y se quedaría todo el fin de semana.

—Si necesitas algo no dudes en llamarme.

Yolanda asintió con la cabeza.

—Sea la hora que sea— le apuntó Carlos.

—Gracias.

Lentamente, Yolanda abandonó el vehículo y se

encaminó hacia su casa. Carlos esperaba y la observaba atento. No iba a moverse de ahí hasta asegurarse que entraba en su domicilio sin imprevistos.

De pronto, algo pasó a toda velocidad por detrás del coche, y Carlos se asustó, volviéndose rápidamente. Pero no vio nada. Miró de nuevo hacia la casa de Yolanda y comprobó como entraba a la vivienda y cerraba la puerta tras ella.

Carlos arrancó el vehículo y se fue del lugar. Sin percatarse de que en una papelera cercana se había posado una lechuza blanca.

VIII

Yolanda entra a la vivienda y pasa por el pasillo, subiendo las escaleras que daban acceso a la segunda planta.

Teresa, su hermana, se percata de la llegada de Yolanda, pero se extraña de que ni tan siquiera la salude. Su actitud mientras sube las escaleras le sorprende.

—¿Yoli, estas bien?

Pero no recibe respuesta. Teresa se pone en pie y se encamina tras su hermana.

Está preocupada.

Cuando Yolanda llega a su habitación, cierra la puerta tras ella sin atender a las preguntas de su hermana.

Teresa llega a la puerta y llama preocupada.

—¿Yoli, que te pasa?

—Nada, déjame— le responde sin abrir la puerta.

—Déjame verte— le suplica su hermana.

—Teresa, vete, no me apetece hablar.

Teresa abre la puerta poco a poco, pero de un empujón, Yolanda la cierra.

—¡Teresa, que me dejes en paz! — Le grita alterada.

—Está bien, lo siento— le responde aún más preocupada—. Estaré en el salón si me necesitas.

A desgana, Teresa baja de nuevo las escaleras sin apartar su mirada de la puerta de la habitación de su hermana.

IX

Carlos entra con prisa a un pub de la zona. En su rostro se muestra una profunda preocupación.

Toma asiento junto a la barra y el camarero se acerca a él.

—¿Qué te pongo, Carlitos? — Le preguntó amistosamente.

—Ponme un chupito de whisky doble— le contestó muy serio.

Mientras se lo sirve, el camarero ve su rostro de preocupación.

—¿Qué te pasa? — Se interesa mientras le acerca el vaso.

—Una mujer.

Carlos se toma el chupito de un solo trago, y hace un gesto con la mano para que le ponga otro.

—¿Y cómo se llama la afortunada? — Le preguntó irónico el camarero.

Carlos, nuevamente de un solo trago, termina la consumición y mira a los ojos fijamente al camarero.

—Verónica.

Carlos deja un billete de diez euros en la barra y abandona el local.

X

Luis entra a su casa y tras quitarse la chaqueta, se encamina hacia la cocina. Se sirve un vaso de agua y lo toma con celeridad.

Se queda pensativo unos instantes, intentando hallar una explicación en su mente a todo lo acontecido.

Se acerca hacia el salón, se tumba en el sofá e intenta relajarse un momento. La emoción se empieza a apoderar de él.

XI

Yolanda se mete en la cama y apaga la luz. Aún sigue impresionada por todo lo acontecido.

Se arropa con la sábana y cierra los ojos.

De pronto, un crucifijo que está colgado sobre su cama, se gira solo en la pared sin que Yolanda se percate, hasta quedar colgado del revés.

XII

Carlos pasea por el cementerio, mostrando una gran preocupación en su rostro. Pasa junto a la zona donde la noche anterior había hallado a los críos con la tabla y ve los restos de una de las velas. Con furia la pisa.

Sigue caminando entre las lápidas haciendo su ronda, cuando de pronto observa como una lechuza blanca se posa sobre una de las cruces de mármol. Carlos se

sorprende.

—Pero, ¿qué cojones haces aquí ahora? —
Pregunta en voz alta sin apartar la vista del ave.

De pronto, escucha una voz ronca tras él, que le llama por su nombre. Carlos se gira rápidamente asustado, pero no ve a nadie. Tras unos segundos

se vuelve a girar y mira fijamente a la lechuza.

Furioso, Carlos agarra una piedra del suelo y la lanza contra la lechuza, haciendo que ésta vuele lejos de la zona y se pose en otra zona del cementerio.

Furioso, como si quisiera desahogarse con el animal, Carlos va a su encuentro a toda prisa portando una nueva piedra.

Gira a la izquierda en unos nichos y de pronto queda paralizado. Frente a él, mirándole fijamente, se encuentra una niña delgada, de pelo negro y con las cuencas oculares vacías, con un vestido blanco muy deteriorado.

Tras unos segundos en los que los músculos de Carlos no respondían, el chico echa a correr del lugar sin una dirección determinada. No quiere ni tan siquiera mirar atrás. El pánico ha tomado el control de sus movimientos.

Al llegar a un antiguo mausoleo abandonado y vacío, lejos de la zona destinada a camposanto, Carlos accede a él, cierra la puerta y toma asiento colocando su espalda contra la pared, presa de los nervios. La única luz que le acompaña es la de su linterna.

No puede apartar la mirada de la puerta, esperando que en cualquier momento ésta se abra y esa niña entre decidida a por él. Su corazón palpita con una velocidad exagerada y sus manos tiemblan como si de gelatina se tratara.

XIII

Yolanda llevaba ya varios minutos en ese momento de entresueños, cuando de pronto notó algo a los pies de su cama, dentro de las sábanas.

Asustada se queda paralizada y es consciente de que algo parece moverse junto a ella.

Lentamente, se gira y levanta un poco la sábana. Es entonces cuando ve como una niña, de pelo negro y sin ojos se arrastra desde el interior de la sábana hacia ella, sonriente.

Tras lanzar un grito desgarrador, Yolanda abandona la cama y sale de la habitación corriendo escaleras abajo en busca de su hermana, que ya se encontraba subiéndolas al escuchar el tremendo grito de la joven.

—¿Qué pasa?! — Le gritó preocupada Teresa.

—¡Esta ahí, esta ahí! — Gritaba una y otra vez Yolanda nerviosísima.

Teresa miró dentro de la habitación unos segundos, pero no vio a nadie. Se asomó bajo la cama y tampoco observó nada.

—¿Quién esta ahí? — Le preguntó alterada.

—¡Verónicaaaaaaa! — Gritó Yolanda.

Teresa, preocupada, la abraza con fuerza.

—Aquí no hay nadie, cariño— le intentaba tranquilizar Teresa.

—¡La he visto!

—Vamos al salón— le indicó Teresa—. Te haré una tila.

Abrazadas, las hermanas bajan las escaleras en dirección al salón de la vivienda.

XIV

Carlos seguía sentado en el interior del mausoleo. Ya habían pasado algunos minutos y parecía que el nerviosismo remitía. Aun así, Carlos seguía apuntando el haz de luz de su linterna hacia la puerta de madera del mausoleo.

De pronto, la luz comenzó a fallar y a parpadear. Carlos comenzó a subir su nerviosismo mientras golpeaba la linterna levemente creyendo que así no se apagaría.

—Joder, joderrrr— decía una y otra vez.

De repente, la linterna se apagó y todo quedó a oscuras.

—No, no, enciéndete— susurraba.

De pronto, la linterna se encendió dirigiendo el

haz de luz hacia el rostro de Carlos, y fue entonces cuando se percató que justo frente a él, casi nariz con nariz, se encontraba Verónica, inmóvil y en actitud amenazante.

Durante unos segundos, Carlos lanzó un grito aterrador, mientras una leve sonrisa se dibujaba en los labios de Verónica.

De pronto, la linterna volvió a apagarse aumentando los gritos del joven.

XV

Seba conduce su auto por una carretera estrecha pero asfaltada. La música de su radio suena a todo volumen, mientras muestra una mirada perdida. Pareciera que aún está en shock por lo ocurrido.

De pronto, al girar una curva, observa a Dafne, cabizbaja en el centro de la carretera. Siendo consciente de que va a atropellarla, Seba cierra los ojos y pisa el freno casi hasta sacar el pedal

por los bajos del vehículo. Pero no siente el golpe de atropello que él esperaba.

Cuando el coche se detiene, Seba abre los ojos y busca a Dafne con la mirada.

Pero no la encuentra. Abandona el vehículo y comienza a buscar en los alrededores.

—¡Dafne! ¡Dafneee! — Gritaba una y otra vez sin respuesta.

Mira debajo del coche, pero tampoco está ahí. No entiende nada.

Entra de nuevo al auto y toma asiento. De pronto, ve en el espejo retrovisor interior la silueta de una niña en los asientos traseros que la mira. Seba se gira con rapidez, pero no hay nadie en el coche.

Mira de nuevo al frente y respira hondo, buscando relajarse. Lanza unos fuertes golpes contra el volante intentando sacar toda la rabia que lleva dentro.

De pronto su teléfono empieza a sonar y se asusta. Ve que se trata de Carlos.

—¿Qué quieres? — Le responde a desgana.

—No imaginas lo que me acaba de pasar...

En ese momento, la lechuga blanca se posa en el capó del coche y mira fijamente a Seba.

—¿Recuerdas la lechuga que vimos en la casa? — Le pregunta Seba sin dejarle acabar.

—Sí, Seba, estaba aquí en el cementerio y...

—Pues ahora está aquí, en mi coche— le dijo muy serio.

—¿Dónde estás?

—En la carretera del mirador.

—Ven al cementerio, te espero en la capilla.

—Dame diez minutos.

Seba cuelga la llamada y observa como la lechuza se va volando. Impresionado por todo lo que estaba pasando, Seba acelera el vehículo y se dirige al punto de encuentro con Carlos.

XVI

Luis estaba dormido en el sofá. De pronto, la lechuza se posa en la ventana de Luis.

Éste nota como algo se le posa en la pierna, como si se tratara de un mosquito en verano. Sin abrir los ojos, Luis lo ahuyenta con la otra pierna.

A los pocos segundos, vuelve a tener la misma sensación y repite el gesto.

A la tercera vez, Luis abre los ojos y observa como Verónica, delicadamente, posa su dedo en la pierna de éste. No se trataba de un mosquito, como él creía.

Luis permanece semi acostado en el sofá, inmóvil, mirando fijamente a Verónica.

—¿Qué quieres? — Le preguntó asustado.

En ese momento se escuchó un ruido detrás de él y Luis se giró decidido para ver que ocurría. Pero al volver a mirar al lugar donde estaba Verónica, ésta ya había desaparecido.

Luis respiró hondo e intentó tranquilizarse.

XVII

Teresa acompaña a Yolanda a su habitación. La joven está mucho más tranquila, hablar con su hermana le había hecho bien.

Teresa la ayudó a acomodarse en la cama, y la arropó con dulzura.

—¿Estas mejor? — Le preguntó a Yolanda.

—Sí— sonrió levemente.

—Verás que todo será una broma de Carlos.

No muy convencida, Yolanda asintió con la cabeza.

—Solo te has sugestionado, nada más.

—Buenas noches— le cortó Yolanda.

Teresa deja escapar una sonrisa forzada.

—Buenas noches.

Teresa se levanta de la cama, mira a su hermana, y apaga la luz.

XVIII

Carlos estaba de rodillas frente al altar de la capilla, rezando.

En ese momento, Seba entra a la misma, acelerado y se dirige hacia él. Carlos se incorpora y lo mira.

—La he visto, Seba, la he visto— le dijo muy nervioso.

—¿Cómo sabes que era Verónica? — Le preguntó intrigado.

—No lo sé, pero es una sensación.

De pronto, la puerta de la capilla se abre y un cura entra a la iglesia. Los chicos lo miran.

—¿Qué hacen aquí? — Preguntó extrañado el cura.

—Padre, soy Carlos, el hijo de Alberto.

El cura se acerca a ellos.

—¿Qué haces aquí, a estas horas? — le preguntó intrigado—. ¿No deberías estar al otro lado, en el cementerio?

—Padre Amancio, necesitamos su ayuda— le suplicó Carlos.

—¿Quién es tu amigo?

—Me llamo Sebastián, padre.

—Por favor, ayúdenos, estamos en peligro— le pidió Carlos muy nervioso.

El cura lo mira extrañado al escuchar eso.

—¿En qué lío te has metido ahora?

—Hicimos una ouija y...

—¿Una ouija? — Repitió sorprendido mientras los chicos asentían con la cabeza. — ¿Os habéis

vuelto locos?

—Ayúdenos, padre— le pidió Seba.

—¿Cómo se os ocurre jugar con esas cosas? —
Volvió a recriminarles.

Los chicos, avergonzados y temerosos, guardan silencio un momento.

—¿Qué es lo que ha pasado? — Se interesó el cura.

— Esta noche, todo el grupo de amigos, nos reunimos en casa para realizar una ouija— empezó a explicar Carlos—. Pensábamos que no iba a pasar nada, que perderíamos el tiempo... Pero el master comenzó a moverse, padre...— El cura prestaba atención a lo que Carlos contaba—. Y empezó a decirnos cosas, hasta que Dafne desapareció...

—¿Qué desapareció? — Preguntó extrañado el cura.

—Las velas se apagaron solas— explicó Seba—. Y al encenderse no estaba por ninguna parte.

El cura camina nervioso por la capilla.

—Hace una hora me pareció verla en la carretera, y una lechuza que...

—Y yo vi la misma lechuza, y una niña en el cementerio...

EL cura se gira bruscamente.

—¿Una niña?

—Sí, la que escribía en la ouija, padre— contestó Carlos nervioso.

—¿Os dijo su nombre?

—Verónica— respondió Carlos.

El cura se echó las manos a la cara y respiró hondo. Los jóvenes se percataron de que la

preocupación del cura iba en aumento.

—¿Qué ocurre, padre? — Preguntó Seba.

Don Amancio los mira a los ojos fijamente.

—Hace tiempo— comenzó a explicar el cura—, una niña de unos trece años, desapareció en un pueblo cercano a éste... Esa niña, fue violada, humillada y, cruelmente asesinada. La hallaron en una cueva... Con unas tijeras clavadas en los ojos

— los nervios de los chicos iban en aumento—. A los pocos días, la gente decía ver a una niña que se aparecía en los espejos de sus casas... La historia de esa joven, comenzó a correr de boca en boca... Y la gente, ingenuos inconscientes, comenzaron a invocarla... Pensando, que tan sólo se trataba de un juego, o una leyenda más— Seba empezó a emocionarse—. Para ello... Usaban una vela encendida frente a un espejo y, cerrando los ojos, decían su nombre tres veces... Verónica... Verónica... Verónica... Verónica...

Y en ese momento, una lechuza blanca que simboliza el mal augurio y que siempre la acompaña, se posaba en una ventana...

Precediendo la aparición de su dueña... En el espejo... Para clavar unas tijeras en el infeliz que la invoque.

Carlos y Seba no podían contener el nerviosismo y las lágrimas resbalaban por el rostro de ambos, prestando atención a las palabras del cura.

—Los casos de muertes extrañas relacionados con Verónica, y a ese ritual, fueron tan numerosos que... Tras un estudio concienzudo por parte de la Iglesia, se decidió incluir a Verónica entre los demonios más peligrosos... Se dice que Lucifer, quedó tan prendado de su belleza, a la vez que por la ira que llevaba en su interior... Que la presentó al resto de las legiones demoníacas como su propia hija...

—¿Nos está tomando el pelo, padre? — Preguntó enfadado Carlos.

—No, hijo— Intentó tranquilizarlo el cura.

—¿Es una broma?! — Volvió a gritar Carlos.

—¡Carlos, tranquilo! — Le inquirió Seba—. ¿Y por qué unas tijeras, porque ella murió así?

—Es una de las hipótesis...— Respondió el padre Amancio—. También, las tijeras, son un símbolo de conjunción, como la cruz, es la afilada hoja encargada de

cortar el hilo de la vida, símbolo de la posibilidad de una muerte repentina y un recuerdo de que la vida no depende solo de nosotros. Por ello se trata de un símbolo ambivalente, que tanto puede expresar la creación como la destrucción, el nacimiento o la muerte. Esas tijeras, dieron a luz a Verónica... Con ellas... Condena al resto.

—¿Y qué podemos hacer? — Preguntó nervioso Carlos.

—Tranquilos, estáis en la casa de Dios, aquí nada

os pasará.

—¡Y ya está! — Gritó Carlos.

El cura los miró a los ojos unos instantes, muy serio.

—Existe una oración, para devolver a Verónica a su lugar.

—¿Y a qué espera? — Preguntó Seba extrañado.

—A que os tranquilicéis— Repuso muy serio.

XIX

Yolanda duerme en su cama tranquilamente. De pronto una brisa fría le hace despertar.

Abre los ojos y comprueba que no se encuentra en su habitación, sino en una amplia cueva. A los pies de la cama se encuentra posada la lechuza blanca.

Se sienta rápidamente y de una vez su corazón se acelera. Mira a todas partes y se pellizca el brazo. La lechuza echa a volar hacia el interior de la cueva.

—Es una pesadilla, solo eso— decía nerviosa.

Pero no despertaba. No era una pesadilla.

De pronto, al fondo, comienza a verse la figura de una niña que empieza a caminar lentamente hacia ella. Yolanda la ve y se pone en pie sobre la fría

piedra.

Poco a poco Verónica llega casi hasta su altura, y Yolanda se impresiona, llorosa, al ver las vacías cuencas oculares de la niña.

—Por favor, no me hagas daño— suplicaba Yolanda.

Verónica la miraba fijamente, sin hacer gesto alguno. A los pocos segundos, Verónica extiende su mano y, asustada, Yolanda le da la mano.

La niña, lentamente, acerca a Yolanda hasta ella y, de un rápido movimiento,

clava unas tijeras oxidadas en el vientre de Yolanda que se agacha y cae de rodillas al suelo. Verónica observa como la chica intenta respirar con dificultad y, cuando Yolanda alza la mirada en dirección a Verónica, ésta, de un fuerte golpe, incrusta las tijeras en los ojos de Yolanda haciéndola caer de espaldas al suelo con ellas

clavadas.

Verónica la observa unos instantes, hasta que el cuerpo de Yolanda queda completamente inmóvil, y la niña desaparece del lugar.

XX

El padre Amancio se encontraba tras el altar de la capilla, acompañado a sus lados de Carlos y Seba. Encima del altar había una biblia cerrada y unos cirios encendidos junto a un cuenco con incienso.

El cura alzó las manos, cerró los ojos, y dirigió su mirada a lo alto.

— Tú... La que su vida fue sesgada cruelmente...
Tú... La que se ganó los favores de Lucifer con su ira y sed de venganza... Tú... La que se esconde tras los reflejos... Tú... ¡Verónica!

Carlos y Seba miraban nerviosos a todos lados.

—Muéstrate— susurró el cura.

Esperó unos segundos peor nada pasó.

—¡Muéstrate! — Gritó el padre Amancio.

En ese momento, la lechuza cruzó toda la capilla y se posó en una de las vidrieras de la edificación.

—La lechuza, padre— dijo Seba nervioso.

—No está la niña— advirtió Carlos.

En ese momento, Verónica aparece en el pasillo central de la capilla, mirando fijamente hacia el altar.

—Dios mío— susurró el cura.

Lentamente, con paso firme y cabeza alta, Verónica comienza a caminar en

dirección al altar. A cada paso que da, una leve llama de fuego se enciende en el suelo.

—Dime tu nombre— dijo el cura.

Pero Verónica no mencionó palabra alguna, y

prosiguió su marcha, mientras las llamas se alzaban cada vez más detrás de ella, y los nervios de los chicos aumentaban.

—¡Dime tu nombre! — Le gritó el cura.

Pero la prosiguió su marcha hasta colocarse a escasos centímetros de la cara del cura, y se mantuvo firme, mientras los chicos se echaban atrás.

—Verónica, padre— respondió la niña con una voz ronca infernal, a escasos cinco centímetros de la cara del cura.

El cura traga saliva y placa sus nervios en la medida de lo posible.

— Por el poder de Dios, invoco a los ángeles celestiales para que con su ayuda

— comenzó a recitar el cura...

Verónica sonrío y desaparece. El cura guarda

silencio.

De pronto, se percatan que la niña está detrás de ellos y los chicos lanzan un grito y se apartan de ella.

— Para que, con su ayuda, te destierren al infierno, de donde nunca debiste salir...—

Verónica enfurece su rostro—. ¡Vuelve a tu sitio, esbirro de Lucifer! ¡Por el nombre de Dios, yo te lo ordeno!

Verónica desaparece de nuevo. Todos miran a su alrededor.

—¿Se ha ido? — Preguntó Seba.

—No veo a la lechuza tampoco— dijo Carlos.

—Sigue aquí— sentenció el cura mirando a todas partes.

Carlos empieza a caminar por la capilla buscando por todas partes, pero no obtiene resultado. Mira

al altar y sonrío.

—Creo que se ha ido, padre— dijo Carlos.

En ese momento, Verónica aparece detrás de Carlos y, con un rápido movimiento, clava unas tijeras por la nuca del joven, haciendo que cada una de las puntas salgan por cada uno de los ojos de Carlos.

—¡Carlos! — Gritó Seba.

El cuerpo de Carlos permanecía en pie, temblando, con los ojos destrozados, mientras Verónica lo mantenía alzado.

De pronto, Verónica bajo su mano y el cuerpo de Carlos cayó desplomado al suelo, mientras la niña miraba al cura sonriendo.

—¿Quiere volver a intentarlo, padre? — Dijo Verónica amenazante con su ronca voz.

El cura se estremece.

—¿Por qué haces esto, que te hemos hecho?! —
Gritó Seba.

Verónica lo miró fijamente, muy seria.

—Ven— le dijo la niña a Seba.

Como hipnotizado, Seba se encamina hacia Verónica.

—No, Seba, ¡no! — Le inquirió el cura.

Pero de nada sirvió. Seba llegó hasta la altura de Verónica y ésta le entregó las tijeras que minutos antes habían acabado con la vida de Carlos. Las agarró, se giró mirando al cura y, como si de un robot se tratara, las introdujo lentamente en sus propios ojos, no ofreciendo un solo grito de dolor ni muestra de ello. El cura apartó la mirada.

Verónica se colocó frente a Seba y, con un rápido movimiento, seccionó el cuello del chico con otras tijeras. Seba cayó de bruces al suelo desangrándose.

Nervioso, el cura agarró la biblia a toda prisa, pero al abrirla, todas las hojas cayeron cortadas al suelo hecha trizas. Verónica se acercó hasta él, y el cura se arrodilló, temiendo lo peor. Rezaba y rezaba sin parar.

—Un placer, padre— dijo Verónica.

Cuando el cura abrió los ojos, comprobó que Verónica había desaparecido. Tras unos segundos, se acercó hasta los cuerpos de los chicos y los santiguó... Tras ello, cayó al suelo, roto de dolor.

XXI

Luis entra en el baño y se echa agua en la cara. Necesita relajarse de todo cuanto está pasando. De pronto, en el reflejo del espejo, observa a Verónica que lo mira fijamente.

—Déjame— le dijo muy serio.

—Di mi nombre— dijo Verónica con su característica voz.

Automáticamente, Verónica desaparece y Luis respira hondo. Cierra los ojos, y espera unos segundos. Empieza a entender que esa situación debe terminar y puede que sea la única solución para ayudar a Dafne.

—Verónica...— Respiró hondo y esperó unos segundos—. Verónica—. Volvió a decir, pero nada pasó—. ¡Verónica! — Gritó con furia.

XXII

Luis abre los ojos, pero no reconoce el lugar donde está. Es un lugar oscuro, tenuemente iluminado por la luna llena, plagado de árboles resecos de grandes ramas espinosas.

De pronto escucha el graznido de la lechuza y Luis se sobresalta. La observa unos instantes y después camina por el lugar. Ve una figura al fondo y la reconoce al instante.

—¡Dafne! — Le grita corriendo hacia ella, que permanece inmóvil de pie entre los árboles.

Al llegar a ella la abraza con fuerza y unas lágrimas asoman a su rostro.

—Tranquila, mi amor, te sacaré de aquí— le decía Luis.

De pronto una leve risa ronca se escucha por todo el lugar. Luis se separa de Dafne y ve horrorizado que no es a ella a quien abrazaba, sino a Verónica, que sonríe divertida por la cara de espanto de Luis.

—¡Déjala, ella no tiene la culpa de nada! — Le gritó con furia.

Verónica desapareció, y Luis la buscó por todas partes, pero no la hallaba.

Nervioso, entiende que ahí no podrá ayudar a su pareja. Cierra los ojos con fuerza.

—Verónica... Verónica... Verónica.

XXIII

Cuando Luis abre los ojos de nuevo, se encuentra en la cueva donde años atrás habían asesinado a Verónica.

Y a los pocos segundos, ésta aparece al fondo de la cueva mirando a Luis fijamente. Pero no presenta un rostro herido, ni un vestido rasgado, sino su propio rostro de niña, antes de ser asesinada.

Luis y ella se miran fijamente a los ojos, y Verónica, muy lentamente, comienza a caminar hacia Luis, clavando su mirada en la de él.

—Aquí empezaste todo— dijo Verónica con voz dulce—. Y aquí lo acabarás.

—Siento lo que pasó— dijo emocionado y nervioso—. Estaba drogado, bebido, siempre me

arrepentí de aquello, desde ese día siento un profundo dolor en...

—¿Dolor, Luis? — Le cortó Verónica—. ¿Es, quizás, un dolor punzante que te atraviesa los ojos y se te clava en el cerebro? Queriendo gritar, luchar por tu vida, y sentir como tu cuerpo no reacciona a tus impulsos. Sintiendo un dolor indescriptible sin poder hacer nada por remediarlo, por calmarlo, por controlarlo...—
Durante un segundo, el rostro de Verónica lleno de ira, se torna herido y demacrado, para volver después a su estado angelical—. Pero el dolor más horrible no es otro que el saber...

Que el hijo que llevas en tus entrañas en ese momento, nunca dormirá en tus brazos—

Verónica se toca el vientre—. Que no le verás reír, crecer y vivir... Porque tu vida, y a la vez la suya, está siendo sesgada... Por su padre...

—¡Lo siento! — Gritó Luis, viendo como Verónica estaba cada vez más cerca de él—. ¡¡Todo fue un error, todo!! ¡¡Sentí pánico, entiéndeme, tenías trece años y yo treinta!!

—Eso nunca te importó para llevarme a tu casa a escondidas.

—¡¡Me amenazaste con contarlo si no estaba contigo!!

—Estaba enamorada— respondía muy seria.

—¡Y yo de Dafne!

En ese momento, presa de los nervios y el descontrol, Luis se abalanza sobre Verónica y la niña cae de espaldas al suelo con Luis encima golpeándola con furia. La sangre mancha el rostro de Luis.

A los pocos segundos, ve unas tijeras en el suelo y, alzándolas en alto las clavó en los ojos de Verónica.

Pero cuando Luis respira aliviado, se percata de que no ha sido a Verónica a quien ha matado... Sino a Dafne, que permanece en el suelo, inmóvil y con las tijeras incrustadas en los ojos.

—¡¡Nooooo!! — Gritó de dolor Luis mientras abrazaba a Dafne destrozado de dolor.

De fondo se escuchan las risas de Verónica, que mira la escena a escasos metros de él.

Luis se gira y la mira.

—Ya nada podrá separarnos— dijo Verónica.

XXIV

UN AÑO DESPUÉS

Había luna llena en el cielo. Marta y Lucía escuchaban un programa de misterio que todos los fines de semana emitían en la radio.

Les gustaba escucharlo a oscuras. Ambas rondaban los quince años y esa noche sus padres habían salido de cena y estaban solas en casa.

El tema principal del programa de esa noche era la leyenda de Verónica.

—¿Tú crees en eso? — Le preguntó Lucía.

—Yo escuché que es verdad que encontraron una niña muerta en una cueva hace muchos años.

—Eso no son más que leyendas para dar miedo a

los críos.

—¿Tú crees? — Le preguntó Marta.

—Pues claro— Respondió con decisión—.

¿Nunca lo has hecho?

Marta niega con la cabeza.

—Yo tampoco. ¿Probamos?

Marta piensa unos segundos.

—Vale— responde sonriente.

Rápidamente, las niñas buscan una vela en los cajones y la encuentran. Se acercan al baño y la encienden frente al gran espejo del lavabo. Se colocan una al lado de la otra, y miran el reflejo fijamente.

—A la de tres, lo decimos las dos a la vez— Dijo Lucía.

—Vale.

Las dos cierran los ojos.

—Uno, dos y... Tres.

—Verónica, Verónica... Verónica— dijeron al unísono.

Abrieron los ojos, pero nada pasó. De pronto, una lechuza blanca se posó en la ventana y ambas se asustaron y giraron la cabeza para verla.

—Que susto— dijo riendo Marta.

Pero cuando volvieron a mirar al espejo, se horrorizaron al ver en el reflejo la imagen de Verónica tras ellas, junto a Luis.

El grito de las niñas rompió el silencio de la noche.

LA FICCIÓN DE MISTERIO QUE VA DANDO QUE HABLAR

La novela que algunos
comparan con
"EL CÓDIGO DA VINCI"

CODEX MAGDALA

Rennes le Chateau...
La Catedral de Jaén...
La Capilla de Rosslyn...
El Santo Rostro...
Un obispo insepulto...
Un demonio guardián...
El Santo Grial...
Una cripta...
Cristóbal Colón...

UN SECRETO...



amazonkindle

HIDDEN
HISTORY



EL CUSTODIO

JOHN WOLF

"De uno, nace el todo,
del todo, nace uno"

amazonkindle

HIDDEN
HISTORY

EL ULTIMO ASSASSIN

JOHN WOLF



amazon kindle

HIDDEN
HISTORY

Tras las huellas del mar

JOHN WOLF

amazonkindle



¿Habló Colón de Templarios en América en los libros de sus viajes?

¿Sabían los Reyes Católicos y el Papado del secreto de Colón?

¿Qué mapa llevaba Colón a bordo?

Sumérgete en éste apasionante libro en el que hallarás una documentación **¡IMPRESIONANTE.**



EL

SANTUARIO

Basado en el misterio de Belmez

JOHN WOLF



**HIDDEN
HISTORY**



14 DE FEBRERO
¿Aún no crees en el amor?

JOHN WOLF

amazonkindle

HIDDEN
HISTORY

Proximamente

amazonkindle

MEROVINGIO
John Wolf

